

rocracia; hay falta de disciplina espiritual. Es mediante la cultura como cree Melfi que encontraremos la ruta perdida; la cultura tiene para el autor de «Sin Brújula» un sentido místico, mesiánico.

La magna tarea—dice—está contenida en la trayectoria de una sólida cultura. Es decir de una cultura esencialmente humana que permita al hombre abarcar la medida de sus fuerzas y de sus límites; que sepa colocar al hombre en el sitio que le corresponde. Una cultura que infunda en el hombre nuestro la alegría de la creación y no esta desesperanza que lo estrecha al asomarse a la vida. Porque la cultura es estímulo, es exaltación de la voluntad en el sentido de superación, de realización.

No obstante el poder que le reconocemos a la cultura de sofrenar los instintos y aquietar las pasiones agresivas, dando el hombre la comprensión de su verdadero destino, creemos que ella—la cultura—no nos trae la solución de nuestros problemas. Alemania que había llegado a ser el paradigma de los países cultos, actualmente se re-tuerce en medio de la más trágica lucha social, cuyo origen arranca de un problema biológico: el del hombre hambriento que quiere vivir.

Acaso la brújula nos la dé ese hombre nuevo de que habla Melfi, que

ha dado vida a nuevas concepciones jurídicas que lo consideran no como un ser aislado, sino en función del grupo social al cual pertenece. Que ha creado nuevas organizaciones económicas, en las que la propiedad

deja de ser un derecho absoluto para convertirse en una función social. Que quiere una organización racional de la producción y de la distribución. Que quiere una ética nueva, en armonía con la transformación de las costumbres, con las nuevas normas de la personalidad humana, libre de prejuicios enmohecidos, de dogmas caducos, más digna y noble.

Y sólo entonces tendremos la estabilidad social y política deseada.—
Milton Rossel.

NOVELA

LA SELVA, novela, por *Ferreira de Castro.*

Lo característico en todas estas novelas destinadas a pintar la vida en las selvas tropicales, es el aplastamiento del hombre, su aniquilamiento ante la poderosa grandeza de los elementos naturales. Cuando el hombre penetra en sus sendas tortuosas e inextricables, o es devorado por su maleficio o se convierte en una persofinicación de la perfidia. Para subsistir adquiere las mismas armas con que la naturaleza quiere destruirlo. La selva lo don inatodo. No es el segundo reino, es el primero en fuerza y en categoría y todo lo demás queda en un plano secundario. El hombre— escribe Ferreira— simple viandante por el flanco del enigma entrega su vida a la dominadora. El animal desgárrase en el imperio vegetal y para tener alguna voz en la soledad reinante, forzoso se le hace vestir piel de fiera. El árbol solitario que, en Europa, bordea melancólicamente cam-

pos y regatos, pierde allí su gracia y romántica sugestión y surgiendo de la breña inquietante, se impone como un enemigo. Se adivina que la selva tiene, como los monstruos fabulosos, mil ojos amenazadores que acechan por todas partes. De bárbara grandiosidad, da una sola impresión fuerte de belleza: la inicial, la que nunca más se olvida y nunca más se vuelve a sentir.

Lo importante en esta novela que describe la selva amazónica, es la minuciosidad con que el autor narra su viaje por el curso del gran río y luego por el Madera. El novelista que vivió largo tiempo en esas regiones, asiste a las faenas de explotación de la seringa, el árbol del caucho y a la crisis comercial que derriba la gran industria tropical. Un personaje eje, le sirve de hilo conductor, como unidad novelesca, a través del viaje, en el vapor que surca, como en un mar, la vastedad cósmica de esos ríos y luego en el interior de la selva, a donde lo conduce el destino. Van surgiendo así las ciudades fluviales, Manaus, Delem, Santaren, emporios de explotación y barriadas cosmopolitas que estrechan la doble y excitante presión de la selva y de los ríos. Estos ríos inmensos dan la impresión de mares o de lagos prehistóricos, sin márgenes, extendidos hasta un límite que la vista no puede abarcar. Allí todo pierde las dimensiones normales. Ojos que se enfilan por primera vez en el vasto panorama, retroceden en seguida bajo la sensación pesada de lo absoluto que se diría haber presidido la formación del mundo. A veces pasaban por el

costado del vapor en que navega el héroe de la novela, tomándole de lantera, por ir en ruta directa, los buques de alta mar, que venían de los Estados Unidos a Itaocatiara y de allí a Puerto Viejo, tranquilos como si anduviesen por aguas donde la sonda no encuentra fondo.

Y tan lejos crecían las márgenes, que el eco de la cantinela de los monos «guaribas» que viven en las orillas del Amazonas, al llegar a bordo, parecía venir del otro mundo.

Cambia luego la decoración, cuando el personaje, Alberto, llega por fin al interior de la selva, al lugar en donde debe comenzar su existencia de seringuero en la que es necesario estar siempre con el oído y el ojo alerta para defenderse no sólo de las tribus salvajes, sino de los mil animales que acechan. Refiriéndose a las diversas especies de culebras, escribe: «No se daba paso en la selva sin que uno de esos reptiles denunciase la existencia de zarzales vírgenes, trampas oscuras y húmedas, propicias a todas las creaciones del terror. Unos se enrollaban sobre sí mismos, vueltas y vueltas sobre puestas como gruesa maroma de a bordo; otros se deslizaban subrepticamente entre la yerba rastrera haciendo temblar aquí una hoja y sacudiendo más allá un arbusto o imprimiendo en el cenagal el surco de su camino. Se tendían en los troncos muertos, medio cuerpo escondido en la corteza podrida y otro medio expuesto al sol, en voluptuoso amodorramiento, o se largaban en correría, espantados por la vecindad humana e iban muchas veces, sobre el follaje caído, agujerea aquí, tuer-

ce allí, a rozar las propias piernas de aquellos de quienes huían. Y entonces desvariados, se enroscaban y mordían. Alberto había visto en los lugares apartados de la selva, «lianas que parecían serpientes y serpientes verdes que se dirían lianas. La sensación era la misma: vegetal o animal, todo cuanto allá arriba se enlazaba de retoño a retoño, en un verde de lodo escurridizo, sugería la misma viscosidad, el mismo mundo de veneno y de pavor».

Descripciones como ésta se encuentran muchas en la novela de Ferreira. De suerte que su lectura es un viaje continuo entre la flora y la fauna de más terrífica expresión dramática. Como decimos, el hombre aparece siempre empequeñecido, absorbido, deshecho por la ferocidad de las fuerzas naturales. Por eso mismo la concepción novelesca, la vitalidad, digamos estética de estos libros, se resiente en la composición de los tipos humanos. Aparecen o débiles o fragmentarios. Lo que importa es el escenario, la lucha enconada e implacable de la naturaleza contra el hombre y de éste contra su semejante. En «La Vorágine», por ejemplo, del novelista colombiano Eustasio Rivera, es también la naturaleza el más grande personaje. En ésta del escritor portugués, sucede igual cosa. Y en general en todas las novelas cuya acción se desarrolla en las regiones espantosas de la selva tropical.—D. M.

HISTORIA

EL GOBIERNO DE DON MANUEL MONTT, por *Alberto Edwards*.

En un volumen de más de 400 páginas (1) se han publicado los fragmentos dispersos de la interpretación histórica de Alberto Edwards sobre el discutido período de nuestra política que se ha denominado «el decenio». En él se yerguen las figuras fundamentales de don Manuel Montt y de don Antonio Varas. Aun cuando este libro está incompleto y muchos otros de sus fragmentos importantes no aparecen en él, los materiales acumulados bastan para ceñir esa época tormentosa y revolucionaria durante la cual pudo organizarse la república. Montt y Varas encarnaban el espíritu inflexible de la ley; sin embargo, el período en que actuaron fué todo el de constantes conmociones y alzamientos. La tesis de Edwards aparece clara en este libro: el principio de autoridad como única norma para establecer la acción de un gobierno progresista. A este principio nunca cedieron esos dos hombres tenaces, reflexivos y enérgicos. Por en medio de las revueltas y motines, cercados por los odios de fracciones peluconas y pipiolas a las cuales unía el mismo propósito de acabar con el gobierno de Montt, los dos grandes gobernantes fijaron un rumbo a la inquieta efervescencia del ambiente. Norte y Sur aspiraban a gobernar por medio de sus elementos más representativos. En la capital, otros núcleos po-

(1) Editorial Nascimento. Santiago de Chile.